

dulcísimo sueño, cuando le anunciaron que había regresado su sobrino. Apresuróse á salirle al encuentro.

—¿Qué noticias traes? ¿Ha ido ya Nazario á la cárcel?—le preguntó.

—Si —respondió el tribuno, pasándose la mano por los cabellos empapados en agua.— Ha ido allí Nazario para ponerse de acuerdo con los carceleros. He visto á Pedro y me ha recomendado que no dejara de orar, que no perdiese la fe ni un instante.

—Todo va á pedir de boca. Si no topamos con algún obstáculo insuperable, mañana por la noche podrá ser llevada la muchacha á los montes Albanos.

—El colono estará aquí al amanecer con los hombres necesarios.

—Muy bien; vete ahora á dormir.

Pero Vinicio, en cuanto estuvo en el *cubiculo*, se arrodilló y se puso á orar...

### III

Como había previsto Vinicio, Nigro, el colono de las cercanías de Coriolos, con cuatro hombres de su confianza escogidos entre sus esclavos bretones, una litera y algunos mulos, llegaba á Roma al amanecer, y, procediendo con la mayor cautela, dejaba en una posada de la Suburra hombres, animales y litera, y se encaminaba sólo á la casa de Petronio. Vinicio, que había pasado la noche en vela, le salió al encuentro. El colono se enterneció al verle, y, besándole las manos, le dijo:

—¡Oh, querido señor! ¿Estás enfermo ó te han demacrado las penas? Apenas podía reconocerte.

Vinicio le hizo entrar en el *sixto* (1) y le dió cuenta de sus propósitos. Nigro le escuchó suspenso y maravillado, sin tratar de ocultar la profunda emoción que se reflejaba en su rostro, curtido por el sol, á medida que Vinicio iba hablando.

—¿Pero... dices que es cristiana?...—preguntó al fin, dando á Vinicio una mirada escrutadora.

Este, adivinando la intención del campesino, contestó:

—También lo soy yo.

(1) Pórtico ó columnata interior.

Brillaron dos lágrimas en los ojos de Nigro, el cual, después de reflexionar un momento, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias, oh, Jesucristo, Dios mio, por haber rasgado el velo que cubría esos ojos, los que más quiero en el mundo!

Y cogiendo con ambas manos la cabeza de Vinicio y llorando de alegría, le cubrió de besos la frente.

En esto apareció Petronio, seguido de Nazario.

—¡Buenas noticias!—dijo desde lejos.

Y, en efecto, las noticias eran excelentes. En primer término, el médico Glauco aseguraba que Ligia sanaría, aunque estaba atacada de la misma fiebre de que morían centenares de cristianos todos los días en el Tuliano y en las otras prisiones. En cuanto á los carceleros y al hombre que con el hierro candente comprobaba la muerte de los que eran sacados de la prisión, habían consentido de buen grado en coadyuvar á la realización del plan, y además se había encontrado á un hombre, llamado Actis, que estaba dispuesto á auxiliar á Nazario en la tarea de sacar el ataúd.

—Hemos abierto agujeros en la caja—dijo éste—para que la enferma pueda respirar mejor. Lo que realmente podría comprometernos es que ella hablara ó gimiera al pasar por delante de los pretorianos; pero no es fácil, porque está muy abatida y desde esta mañana ni siquiera abre los ojos. Además, Glauco le administrará un narcótico confeccionado con hierbas que yo mismo le he llevado... La cubierta del féretro no estará clavada. Con suma facilidad, pues, podréis poner á Ligia en la litera y sustituirla nosotros con un saco largo, lleno de arena, que conviene tengáis preparado.

Vinicio, pálido como un muerto, escuchaba las palabras de Nazario con tanta atención, que parecía oirlas antes de ser pronunciadas.

—¿Y no serán sacados de la cárcel otros cuerpos?—preguntó Petronio.

—¡Ah, sí!; hoy han fallecido una veintena de presos, y antes que anochezca habrán muerto algunos más. Nosotros estamos obligados á seguir en el cortejo; mas procuraremos ser de los últimos en salir, y, cuando estemos á cierta distancia, mi compañero empezará á cojear, á fin de quedarnos más á la zaga. Esperadnos vosotros junto al templo de Libitina. ¡Dios quiera sea obscura la noche!

—Es muy posible— observó Nigro— porque ayer el cielo estaba sereno, y, sin embargo, estalló de repente una tempestad. Hoy el tiempo es bueno, pero el aire sofocante. Me parece que durante algunas noches tendremos lluvia y tormenta...

—¿No llevaréis antorchas?— preguntó Vinicio.

Las llevan solamente los que van á la cabeza del cortejo. Conviene que vosotros os apostéis en las inmediaciones del templo de Libitina apenas anochezca, aunque no solemos transportar los cadáveres hasta cerca de media noche.

Estuvieron en silencio un buen rato, durante el cual solamente se oía la respiración anhelosa de Vinicio. Petronio fué el primero en hablar.

—Te dije ayer— murmuró al oído de Vinicio— que convenia que ambos nos quedáramos en casa; ahora comprendo que me sería imposible retenerte, y como no se trata de una fuga, sino de sacarla fingiendo que está muerta, no creo que tu presencia despierte en nadie sospechas.

—¡Ah, sí, sí!— contestó el tribuno— quiero estar allí y sacarla del féretro con mis propias manos.

—¡Oh, con tal pueda llegar á Coriolos... á mi casa!... Luego, respondo yo de ella...— exclamó el colono.

Con estas palabras terminó el coloquio. Nigro se fué á la posada de la Suburra donde habia dejado á sus esclavos; y Nazario, con una bolsa llena de oro bajo la túnica, regresó á la cárcel.

Para Vinicio empezó una jornada de fiebre, de inquietud, de espera atormentadora.

—El éxito es indudable— le dijo Petronio en cuanto se quedaron solos— pues se ha previsto todo. Es imposible combinar mejor un plan. Después de realizado, conviene que te presentes en todas partes con semblante taciturno y toga obscura. Pero no dejes de asistir al Circo; procura que se te vea... Hemos tomado tan bien las medidas que no es posible un fracaso... A propósito: ¿estás bien seguro de que no nos hará traición tu colono?

—¡Segurísimo! Es cristiano...

A Petronio esta revelación le dejó atónito. Se encogió de hombros, según su costumbre, y empezó á pasear por la estancia, murmurando como si hablara consigo mismo:

—¡Votó á Pólux, y como se extiende esa doctrina!... ¡Y cómo se insinúa en los corazones y echa en ellos inmediata-

mente hondas raíces!... A la vista de los tormentos que se infligen á los cristianos estos días, habrían sido mil veces renegadas todas las divinidades romanas, griegas y egipcias... ¡Es sorprendente!... Te juro que si tuviese un átomo de fe en la intervención de nuestros dioses en las cosas de este mundo, impetraría su auxilio para que tuviera éxito el negocio que llevamos entre manos, prometiendo seis bueyes á cada uno y doce á Júpiter Capitolino... ¡No escatimes tú las promesas á Cristo!...

—¡Le he dado mi alma!— contestó Vinicio.

Después de esto se separaron. Petronio tornó al *cubiculo*: Vinicio se fué á contemplar por un momento la cárcel, desde lejos, y luego subió á la cabaña del cantero en donde habia recibido el sacramento del Bautismo, pensando que tal vez en ella Cristo le escucharía más clemente y misericordioso.

Cuando estuvo allí se arrodilló, y, recogiendo todas las energías de su alma transida de dolor, se puso á orar tan fervorosamente, que pronto, en un completo olvido de sus tribulaciones y amarguras, se halló como arrobado. Después de medio día sacóle de su éxtasis el sonido agudo de las trompetas del circo de Nerón. Al salir de la cabaña estuvo un instante como si acabara de despertar de profundo sueño, mirando asombrado en torno suyo. El calor era sofocante; la atmósfera estaba en calma; el chirrido de las cigarras ahogaba todos los demás ruidos, exceptuando el resonar de las trompetas; la bóveda celeste tenia un color azul intensísimo; mas, por encima del horizonte, hacia los montes Sabinos, levantábanse nubarrones densos y sombríos.

Vinicio regresó á su casa, donde ya le esperaba Petronio.

—He estado en el Palatino y aun he jugado á los dados— dijo el segundo.— He querido dejarme ver. Apicio da un banquete esta noche, y he prometido que iríamos los dos... pero después de media noche, porque antes quiero dormir. Iré, y vendría que tú me acompañases.

—¿Han traído noticias de Nigro y de Nazario?— preguntó Vinicio.

—No. No sabremos de ellos hasta que les veamos por la noche. ¿Habrás observado que hay presagios de tormenta?...

—Sí.

—Mañana, en el Circo, para dar variedad al espectáculo, han de ser clavados en cruz algunos cristianos; pero es posible que lo impida la lluvia.

Luego, acercándose á Vinicio, le puso una mano en el hombro, y le dijo:

—Pero tú, carísimo, la verás, no clavada en cruz, sino en Coriolos. ¡Voto á Cástor! ¡No cambiaría el placer de libertarla por cuantas piedras preciosas Roma contiene!... La noche se avecina...

En efecto, la noche venía á más andar sobre la Ciudad y las sombras eran más densas que de costumbre, porque el firmamento estaba cubierto de nubes. Ya anochecido, empezó á llover; pero el agua, al tocar las piedras, ardientes á consecuencia de haber sido caldeadas por el sol durante todo el día, se evaporó, convirtiéndose en densa niebla.

—Vamos allá—dijo Vinicio.—Quizás con motivo de ser el tiempo tan malo comiencen á sacar los cadáveres antes de la hora acostumbrada.

Envueltos en mantos galos de amplia capucha, y armado Petronio con la *sica* ó cuchillo corto romano, que de noche llevaba siempre encima, salieron por la puerta del jardín.

Como de vez en cuando caían nuevos chubascos, las calles estaban poco menos que desiertas. Los rayos rasgaban con frecuencia las nubes, iluminando con su luz cárdena las fachadas de las casas recién construidas ó de las en construcción y el húmedo empedrado. Al resplandor de un relámpago vieron al fin el cerrillo sobre el cual se levantaba el templo consagrado á la diosa de los funerales y en la falda del mismo un pequeño grupo de hombres, con una litera y algunas mulas.

—¡Nigro!—exclamó por lo bajo Vinicio.

—Estoy aquí, señor—respondió una voz.

—¿Está todo preparado?...

—Todo. No había anochecido aún cuando llegamos... Pero venid á guareceros bajo estas peñas si no queréis calaros hasta los huesos. ¡Qué tormenta! Creo que tendremos granizo...

No eran infundados los temores de Nigro, pues á poco de haberlos manifestado empezó á granizar y no tardó la granizada en convertirse en verdadero pedrisco. Sentados debajo de unas peñas que formaban como un cobertizo, al abrigo del temporal, hablaban con voz queda:

—Si alguien nos viese—decía Nigro—no sospecharía de nosotros, pues sin duda creyera que esperamos aquí á que pase la tempestad; pero es de temer que aplacen para mañana el transporte de los cadáveres.

—La granizada no puede ser duradera—observó Petronio.

—Pero en caso necesario esperaríamos hasta el alba.

Sin decir una palabra más, quedaron aguardando, con el oído muy atento para que no se les escapara ni el más leve rumor de pasos. El pedrisco cesó á los pocos instantes; mas fué seguido de una lluvia torrencial. De los *puticuli*, las violentas ráfagas de viento traían un insoportable hedor de cadáveres en putrefacción. De pronto exclamó Nigro:

—A través de la niebla veo una luz. ¡Sí, sí, es indudable!... ¡Una luz... otra... otra!... ¡Son ellos!

Y, volviéndose á los esclavos, agregó:

—Cuidado con las mulas, no sea que se espanten.

—Indudablemente son ellos—dijo Petronio.

A medida que se aproximaban, las luces iban adquiriendo mayor intensidad, y muy pronto pudieron distinguirse con precisión las llamas de las antorchas, que vacilaban á causa del viento. Nigro, después de haberse santiguado, empezó á orar, mientras el fúnebre cortejo se avecinaba y hacia alto frente al templo de Libitina. Petronio, Vinicio y el colono, pegados contra el cerrillo, contenían la respiración, no atinando á comprender por qué el cortejo se había parado.

Pero en breve salieron de dudas. Los portadores cubriéronse nariz y boca con un pañuelo para amortiguar en lo posible el hedor de los *puticuli*, que era realmente insoportable. Hecha esta sencilla operación, el cortejo se puso de nuevo en marcha. Un sólo ataúd quedó junto al templo. Vinicio corrió hacia allá, seguido de Petronio, Nigro y dos esclavos bretones, con la litera; pero antes de llegar oyó entre las tintieblas de la noche la voz desesperada de Nazario que decía:

—Señor; antes de media noche se la han llevado, junto con Oso, á la cárcel del Esquilino... Nosotros traemos otro cuerpo.

Al regresar á su casa, Petronio, más sombrío y agitado que la tempestad de aquella noche, no trataba siquiera de consolar á Vinicio. Comprendía que era inútil intentar la evasión de Ligia de los subterráneos del Esquilino y que había sido llevada allí á fin de conservarle la vida hasta el momento del suplicio; de donde era lógico inferir que alguien tenía puesta la atención en ella. Compadecía con toda el alma á Vinicio; pero no menos que este sentimiento le turbaba el ánimo el ver

por primera vez en su vida fracasada una empresa en que había puesto empeño.

—La Fortuna me abandona— decía para sí;— pero los dioses se engañan si creen que he de resignarme á llevar una vida igual, por ejemplo, á la de este infeliz...

Y se volvió á Vinicio, quien le estaba mirando con los ojos muy abiertos:

—¿Qué tienes?... ¡Fiebre, sin duda!...— le dijo con afectuosa solicitud.

Vinicio, con voz extraña sorda, balbuciente, como de niño enfermo, contestó:

—Pero no dejo, ni dejaré nunca de creer en que Él puede devolvérmela.

Continuaba relampagueando, y se extinguían sobre la Ciudad los últimos ecos del trueno.

## PARTE NOVENA

### I

La lluvia, que duró tres días, fenómeno realmente extraño en Roma durante el estío, y las tempestades de granizo, fueron causa de que se interrumpieran los juegos circenses. El pueblo estaba preocupado, con tanto mayor motivo cuanto que corrían noticias no muy lisonjeras: se aseguraba que la cosecha de uva sería muy mala; atribuíanse todas las calamidades á la mano vengadora de los dioses, y cuando, una tarde, el rayo derribó y fundió la estatua de bronce de la diosa Ceres, que se veneraba en el Capitolio, convirtiéndola en lingote, se ordenó celebrar sacrificios solemnes en el templo de Júpiter Liberator. Los sacerdotes de Ceres esparcían el rumor de que los dioses estaban indignados por haberse aplazado el castigo de los cristianos, con lo cual el pueblo empezó á amotinarse, exigiendo que continuasen los juegos á pesar del mal tiempo. Así es que el alborozo fué general cuando se anunció que al día siguiente se reanudarían las inhumanas fiestas circenses.

Por los vomitorios, abiertos desde las primeras horas de la mañana, penetraron millares de espectadores. El César no tardó en llegar, acompañado de las vestales y de numeroso séquito. Por lo demás, había vuelto el buen tiempo.

Intentóse dar principio al espectáculo con un combate entre cristianos, y al efecto muchos de ellos fueron sacados á la arena vestidos de gladiadores y con armas ofensivas y defensivas, es decir, conforme aparecían los lidiadores de profesión. Pero al público le salió mal la cuenta. Los cristianos, apenas se vieron en la liza, arrojaron al suelo redes, tridentes, escudos, lanzas, espadas, y, echándose unos en brazos de los otros, empezaron á animarse para sufrir con serenidad el martirio. La muchedum-